

# Los invencibles

M. Eloísa Caro Durán

Romina Soto

+9



WEEBLEBOOKS

 **FERugby**  
FEDERACIÓN ESPAÑOLA DE RUGBY

Este libro se ha realizado gracias al patrocinio de  
la Federación Española de Rugby



WEEBLEBOOKS

© 2019

Autora: M. Eloísa Caro Durán

Ilustraciones: Romina Soto

Corrección de texto: Esther Magar

<http://www.weeblebooks.com>

[info@weeblebooks.com](mailto:info@weeblebooks.com)

Madrid, España, abril 2019

**Licencia:** Creative Commons Reconocimiento-  
NoComercial-CompartirIgual 3.0

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

# Nuestros Valores:

## **RESPETO**

Al árbitro, al rival, a los compañeros, al público y a uno mismo.

## **COMPROMISO**

Con tu club, con tus compañeros, con tus entrenadores, contigo mismo y con el rugby.

## **ESFUERZO**

Trabaja en equipo y aprovecha el Rugby para superar tus propios límites. Levántate en la derrota y sé humilde en la victoria.

## **INTEGRIDAD**

Respetar las reglas y los valores del rugby, alcanza tus metas y objetivos de una forma honesta y limpia.

## **PASIÓN**

Diviértete participando en cualquier actividad en rugby, ya sea sobre el terreno de juego o en la grada.

#rugbyvalores



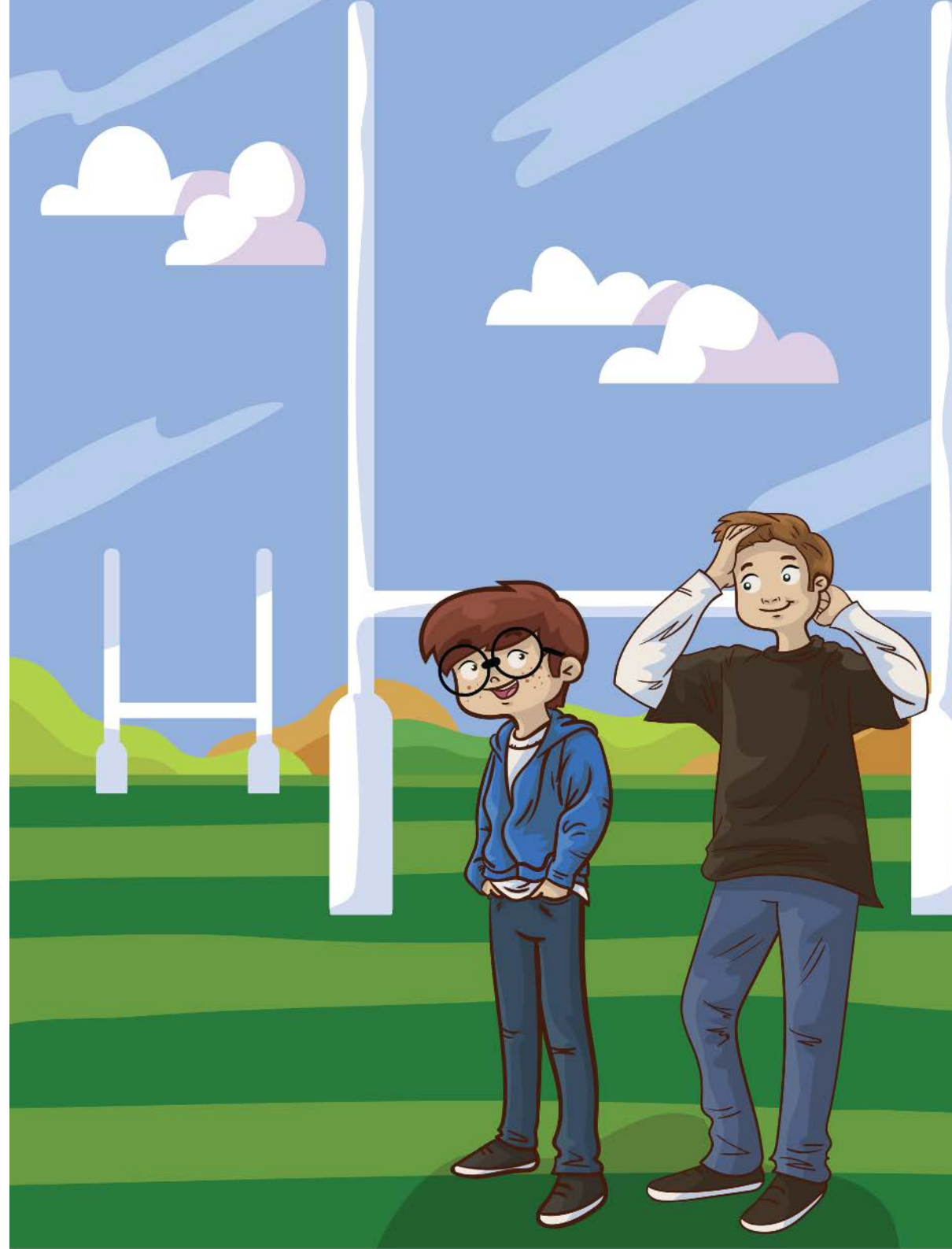
## Compromiso

—Me he apuntado al equipo de fútbol —dijo Sergio, tras recolocar las gafas redondas, que acababa de estrenar, sobre su diminuta nariz.

—Ah, sí —dijo Leo, peinando su indomable flequillo con los dedos—. Yo tengo el lunes fútbol; el martes, tenis; el miércoles, baloncesto; el jueves, voleibol y el viernes..., el viernes... —Se detuvo un instante y recordó el nombre del último deporte que habían practicado en Educación Física el año anterior, en el colegio. Con la única intención de impresionar a su nuevo amigo, dijo—: Y el viernes, rugby.

Sergio quedó boquiabierto, sin saber qué decir. Aquel deporte era desconocido para él, nadie de su entorno lo practicaba.

—Yo soy demasiado enclenque para eso —se le ocurrió decir—, por algo me llaman canijo.



Leo se había mudado con su familia a la ciudad y acababa de comenzar el instituto. Como era alto y fuerte, pensaba que, tal vez, a través del deporte encontraría su sitio. Cada día de la semana se inscribió a un deporte de su interminable lista. Cuando llegó el turno del rugby, el viernes, Leo se presentó en el mismísimo vestuario del equipo, el espacio más íntimo para los jugadores, el santuario de las conjuras, aunque a nadie le molestó su aparición.

—Quiero hablar con el entrenador —dijo.

—Se llama Máximo —respondió un muchacho con nariz aguileña, señalando a su entrenador.

Máximo ultimaba las fichas de los jugadores en una mesita improvisada, que le quedaba pequeña porque era un hombre grandullón. A Leo le pareció tan rudo como aquellos leñadores de los cuentos nórdicos que leía cuando era pequeño.



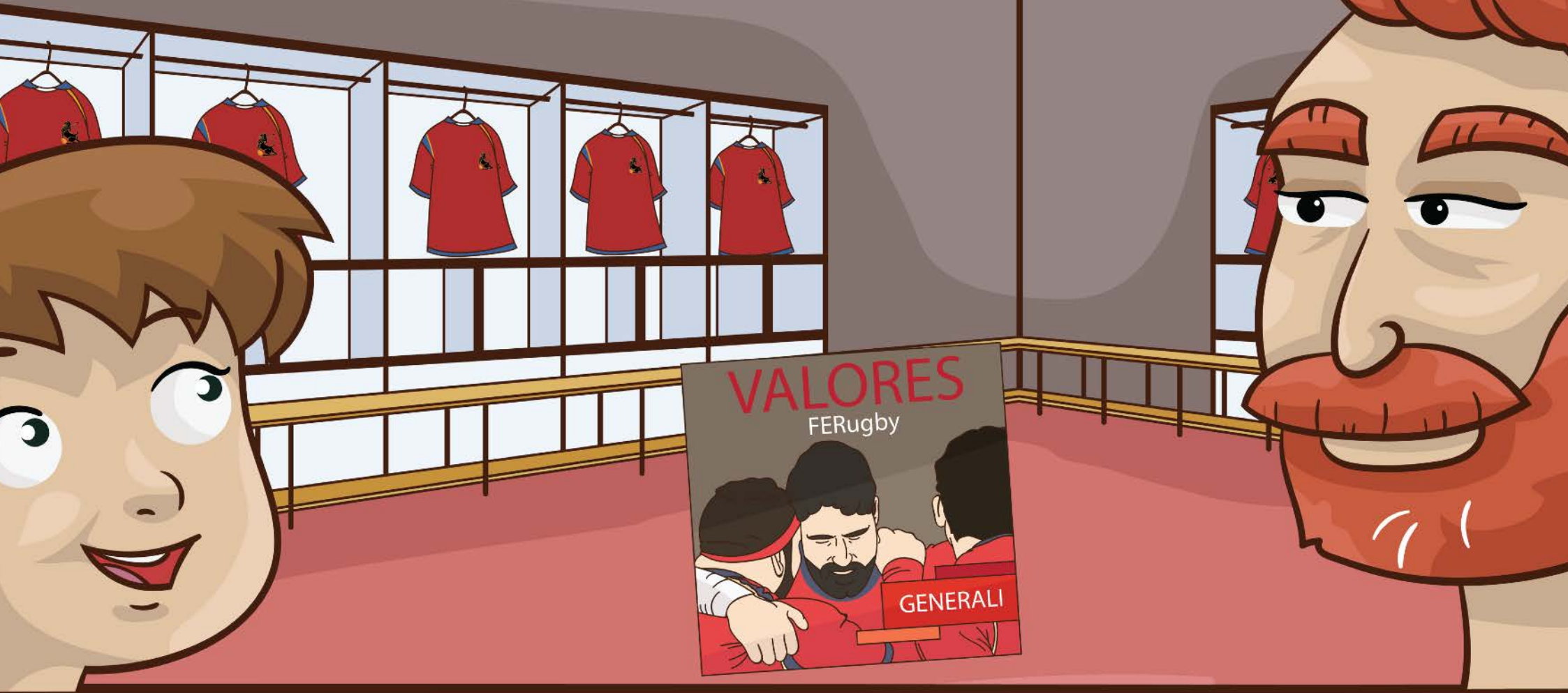
Leo lo observó abiertamente, intentando descubrir qué expresión se escondía bajo esa espesa barba rojiza con pinceladas blancas.

Los jugadores se preparaban para salir al campo a entrenar y ninguno miró a Leo como si fuera un espectro recién llegado de otra dimensión, tal y como se había temido, tal y como le había ocurrido los días anteriores.

Un joven de pelo negro y rizado le hizo hueco en su banco y Leo se sentó junto a él.

—Bienvenido al equipo de Los Invencibles —dijo Máximo.

Tras presentarle a cada uno de sus compañeros, le habló sobre la indumentaria y el juego y le entregó un folleto, en cuya portada ponía «Los valores del equipo».



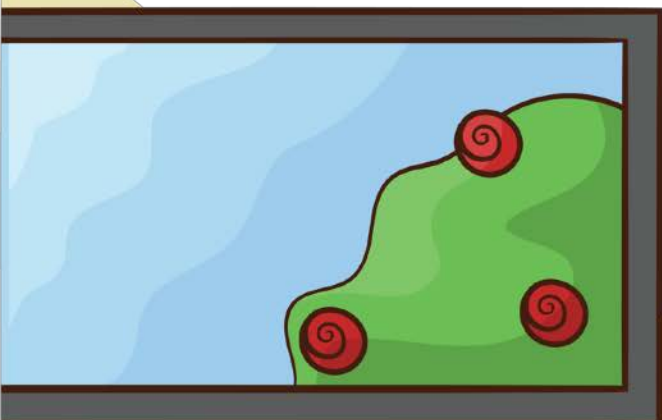
La voz de aquel hombre era embaucadora, el reflejo de una personalidad firme.

—Debes leerlo, es muy importante para nosotros. Contamos contigo para el próximo entrenamiento.

Leo guardó el papel y se marchó calle abajo, convertido en un miembro más de aquel equipo.

La semana siguiente, cuando llegó el miércoles, Leo ya estaba exhausto. El jueves se quedó en casa jugando al ordenador y el viernes, tumbado en el sofá del salón, junto a su buen amigo Sergio, atrapado por su serie de televisión favorita.

—¿No vas a rugby? —preguntó Sergio, mientras ojeaba aquel folleto olvidado en un rincón de la mesa, entre las octavillas de publicidad de supermercados, peluquerías y dentistas.  
—No, estoy cansado. Nadie me echará en falta.



—¿Lo has leído? Este folleto me recuerda al código de los caballeros negros, que aparecía en la última novela que leí. Es muy interesante lo que cuenta —dijo Sergio.

—No, no lo he leído, ya lo haré cuando tenga tiempo. De todas formas, creo que esos del rugby son un poco fantasmones con eso de llamarse invencibles. Les hubiera venido mejor llamarse Los Leones, Los Lince, Los Guerreros o ,incluso, Los Gladiadores, pero Los Invencibles... ja, ja, ja, nadie es invencible.

Justo cuando el protagonista de la serie que estaban viendo iba a ser atrapado, sonó el teléfono. Leo no se movió ni un milímetro, no podía perderse el desenlace por nada del mundo. Pero su madre no estaba en casa y aquel latoso timbre no paraba de sonar. Al comprobar que no desistía, Leo no tuvo más remedio que cogerlo. Emitió un ininteligible saludo y continuó pendiente del televisor. Una voz agradable, que le resultaba conocida, dijo:





—Leo, soy Máximo, tu entrenador de rugby. Nos ha preocupado tu ausencia en el entrenamiento de hoy. Queríamos saber si estás enfermo.

El joven aspirante a jugador de rugby tiró el mando del televisor, ese que habitualmente permanecía pegado a su mano; estaba tan desconcertado que no sabía qué responder. Jamás lo habían llamado de ninguno de los muchos equipos de los que había desertado.

—No —balbuceó Leo.

—Bueno, entonces imaginamos que has tenido un motivo importante para faltar al entrenamiento. Te esperamos el próximo día. Ya formas parte de nuestro equipo y tenemos un compromiso: el equipo, contigo y tú con nosotros. Este año nuestro objetivo es subir de categoría y, para ello, necesitamos contar contigo.



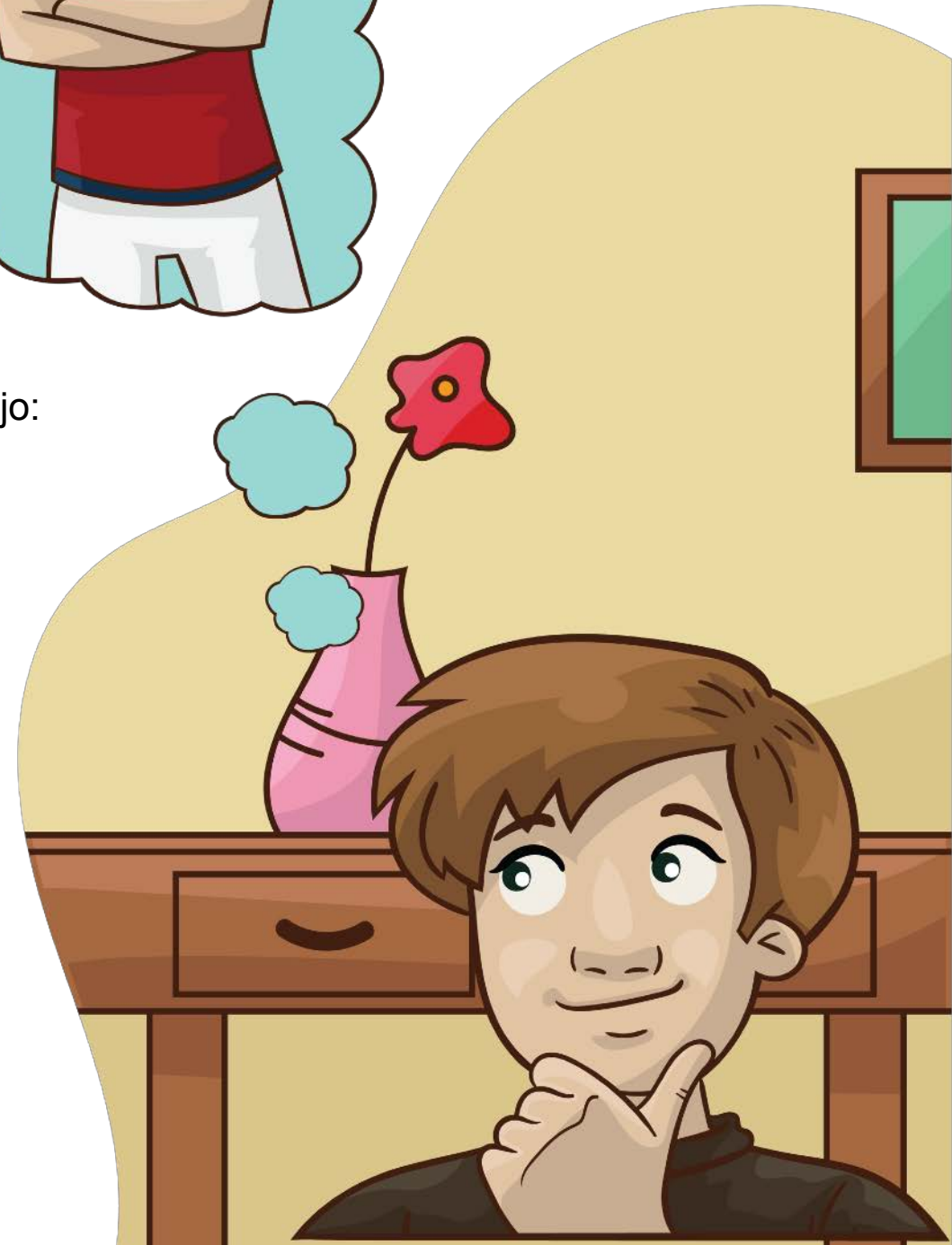
Leo, que no daba crédito a lo que había escuchado, se sintió una pieza indispensable de aquel equipo al que acababa de conocer. Y aunque todo le resultaba extraño, enseguida le respondió:

—Sí, sí, el viernes estaré con vosotros, sin falta. Contad conmigo.

Tras colgar el teléfono, Leo, sin salir de su asombro, dijo:

—Pero qué curioso es el comportamiento de estos deportistas del rugby. Lo cierto es que tienen una camiseta muy molona, ¿no crees?

—Igual que el folleto —apuntó Sergio.





## RESPECTO

Aún faltaban unos minutos para terminar el maratón de vídeos que compartía con su amigo Sergio, pero era viernes y se acercaban las cinco.

—Tengo que irme —dijo Leo, dejando el móvil sobre la mesa.

—¿Vas a rugby? —preguntó Sergio.

—Sí, ya viste cómo me reclamaron. Ahora soy uno de sus jugadores. Además, por nada del mundo me pierdo este entrenamiento. Necesito comprobar por mí mismo cómo son estos enigmáticos jugadores de rugby, cómo actúan realmente.

Sergio también sentía curiosidad y lo acompañó. Se quedó en la grada y Leo entró en el vestuario. Mario, aquel joven vigoroso de pelo negro y rizado que le había cedido el asiento, era el talonador del equipo. Le indicó cuál era su taquilla y le enseñó a colocarse bien el protector bucal.

—Hoy vamos a jugar un partidillo para ver el potencial de los nuevos compañeros y ubicarlos en la posición más adecuada según sus características —dijo Máximo.

El entrenador configuró dos equipos. Su ayudante haría las funciones de árbitro.

Leo solo conocía las normas del rugby sobre el papel y había jugado escasos minutos, aun así, salió decidido a darlo todo.

Su ímpetu irrefrenable, unido al desconocimiento, le hizo infringir algunas normas básicas. En realidad, prácticamente todas.

Leo, eufórico, corrió delante del portador del balón y se lo arrebató. Cuando el ensayo estaba cerca, de repente, sonó el silbato. El árbitro paró el juego y se atrevió a sancionarlo.



A Leo le hervía la sangre y, por supuesto, se encaró con él:

—Pero ¿qué haces? ¿No ves que has detenido una jugada importantísima? Casi consigo el ensayo.

Era su primer día con el equipo, quería hacerlo bien y no estaba dispuesto a que nadie se lo fastidiasse. Su enfado fue subiendo de revoluciones y llegó a perderle el respeto al árbitro: —¡Eres un cantamañanas!

Leo se giró, buscando el respaldo de sus compañeros de equipo, pero no estaban formando el corrillo habitual en ese tipo de trifulcas.

—¿Qué pasa? —les reprochó—, ¿no os habéis dado cuenta de lo que ha hecho?



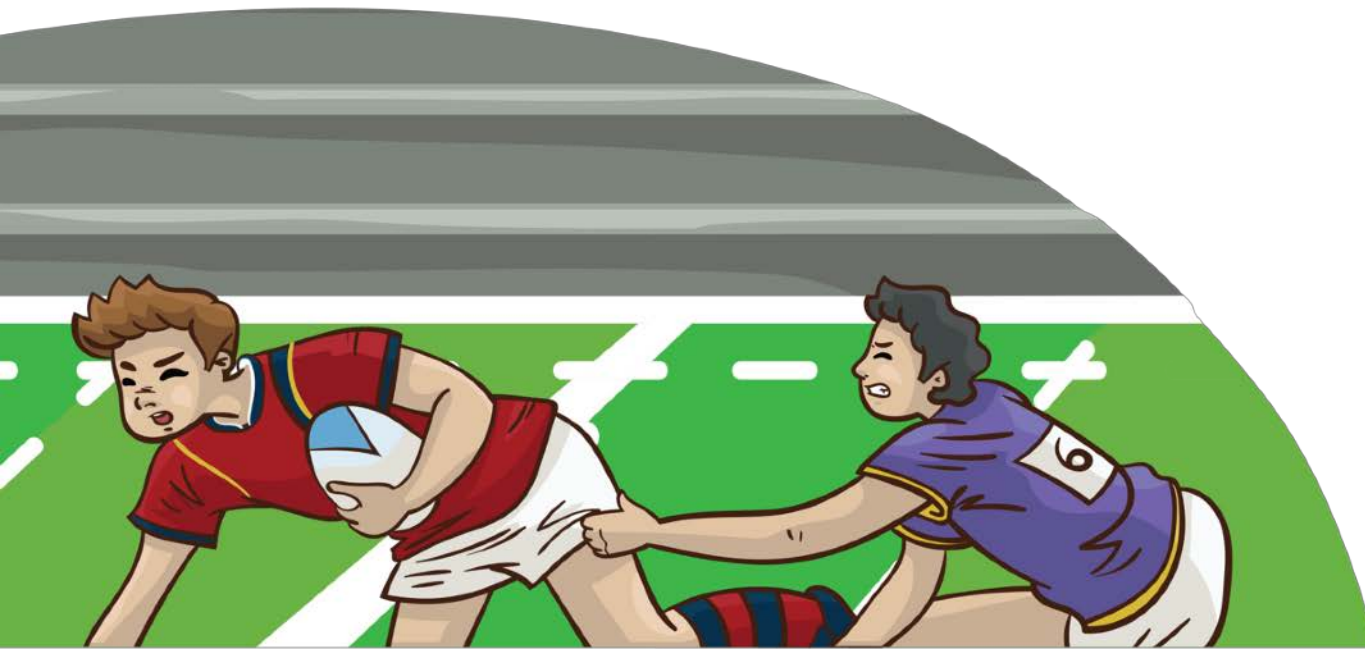
María, una de sus compañeras del equipo, se acercó y le dijo en voz baja:

—No puedes replicar al árbitro, le debemos respeto, al igual que al resto de compañeros y al público.

—Esto es increíble, un juego en el que no se puede ni rechistar al árbitro, ¿dónde se ha visto eso?

Qué raros sois —refunfuñó.

El partido se reanudó, pero la tranquilidad no duró mucho. Leo tuvo otro encontronazo cuando portaba el balón. Jaime, que jugaba de zaguero en el otro equipo, le hizo un placaje, limpio y sin riesgo, pero Leo se enfadó tanto que cogió la pelota y se revolvió como un caballo desbocado.



—Eso no ha sido un placaje, me has derribado atacándome por el cuello. Mira mi oreja.

Leo plantó la cara delante de la de su contrincante, sus ojos castaños echaban chispas. Pero Jaime dio media vuelta y se alejó. Leo lo siguió, agitando las manos, enfurecido.

—Vamos, valiente, no huyas.

De nuevo, buscó a sus compañeros de equipo, reclamando su respaldo, pero nadie se lo prestó.

—Qué poco solidarios sois —les recriminó Leo.

—Debes respetar también a los adversarios —respondió María.

—Vamos, hombre —dijo Leo, tirando la pelota a la grada —. Mira que sois raros. No me lo puedo creer.



—¿Te has leído el folleto que recoge nuestros valores? —le preguntó María.

—Pues aún no, y no estoy seguro de que vaya a hacerlo, porque de momento no me convencen demasiado vuestras extrañas reglas —respondió Leo, muy enfadado.

El partido terminó sin más incidentes y el equipo de Leo perdió por un aplastante, y para él, humillante, 20-0.

Aunque fuera un partidillo, sus compañeros hicieron el habitual pasillo para felicitar a los vencedores.





—¡Cómo! —exclamó Leo cuando vio la escena—. Ah, no, yo me niego, después de todo...



Leo se marchó directamente al vestuario, se sentó en un banco y comenzó a desabrocharse las botas. De repente, alguien se sentó a su lado: era Jaime, su mayor enemigo en el campo aquella tarde.

—¿Amigos? —preguntó Jaime, extendiendo su mano y esbozando una sonrisa.

Aquel comportamiento dejó atónito a Leo. No tuvo más remedio que darle la mano e, incluso, un tímido abrazo.

—Ya sabes: lo que ocurre en el campo, en el campo debe quedar —dijo Jaime.

—Pero qué rarísimos sois —respondió él—. No sé si algún día llegaré a entenderos.

## ESFUERZO

Leo aún tenía mucho que aprender sobre las técnicas del rugby, pero antes había que ponerse en forma.

Durante los primeros entrenamientos, aprendieron a no hacerse daño en los diferentes lances del juego. Después hubo varias sesiones duras dedicadas a fortalecer la musculatura para proteger los huesos. Tuvieron que correr, cargar peso y hacer sentadillas y flexiones. A veces, cada línea de jugadores realizaba sus propios ejercicios.

—Aunque las piernas digan basta, la cabeza debe haceros continuar —decía Máximo cuando, tras varias vueltas al campo, aún les pedía que esprintaran.

Leo siempre se colocaba al lado de Carlos, que era el más rápido del equipo, tal vez buscando competiciones encubiertas. A pesar de que resultaban agotadores, Leo no se saltaba ningún entrenamiento. Tras varias semanas de esfuerzo, el trabajo iba dando sus frutos.



—¡Vaya!, qué fuerte te veo —dijo Sergio a su amigo, con cierta envidia. Él pensaba que nunca podría ser jugador de aquel deporte revelación que había comenzado a conquistarlo. Sentado en la grada, se conformaba con observar todo cuanto hacían.

A pesar de la fina lluvia que no cesaba de caer en aquella tarde de otoño, ni un solo jugador faltó al entrenamiento. Tocaba ensayar las técnicas del juego y nadie quería perderselo.



Practicaron el saque de lateral. Los jugadores saltaban y formaban auténticas torres efímeras. No era fácil, pero se divertían mucho. Gabriel, que tenía unos pies muy pequeños, perdía el equilibrio constantemente, y todo eran risas y vuelta a empezar.

El problema se presentó cuando llegó el momento de practicar la melé.

—En el scrum o melé, es más importante la técnica que la fuerza —advirtió Máximo antes de comenzar—. Ganar la mayoría de las melés en un partido nos acercará a la victoria. Recordad: técnica, fuerza y coordinación.

A Máximo le costó que sus jugadores colocaran los brazos y las piernas en la posición correcta para que aquel puzle encajara a la perfección. Pero, tras algunos intentos, lo consiguieron, y pasaron a la siguiente fase: debían mantener la estructura durante unos minutos y empujar.

Aquel nuevo reto sí que parecía imposible. Al instante de haberse ensamblado, a Carlos le fallaban las piernas y la formación se desmoronaba. Carlos se angustiaba, sintiéndose responsable, y se apartaba con insistencia los mechones rubios que caían, indisciplinados, por su frente.



La lluvia no cesaba, llegaba la noche y hacía frío, pero todos seguían allí, recomponiéndose una y otra vez. Hasta que, al intento número... mil, Leo perdió la paciencia y, alzando la voz, le replicó a su compañero:

—Pero ¿qué haces? Controla de una vez ese tembleque de las piernas. Deberías entrenar más, ¿no crees?

Leo miró a los demás, buscando su apoyo. Pero nadie se lo dio. Permanecieron en sus puestos, impasibles. No se movieron ni siquiera para apartarse las gotas de agua que chorreaban desde sus pelos mojados hasta sus frentes resbaladizas, tampoco para estirar las camisas que se adherían a sus cuerpos, completamente empapadas.



Quien sí se movió fue Máximo, que se acercó a Carlos. Leo pensaba que le iba a echar una buena reprimenda y lo quitaría de la melé. Pero estaba equivocado. Delante de todos, Máximo le dijo a Carlos:

—Has trabajado mucho. Te felicito por tu esfuerzo. No debes preocuparte, porque el trabajo siempre tiene su recompensa.

—Pero si es el culpable de todo —replicó Leo, sin poder contenerse—. Llevamos horas estancados por su culpa, y no lo riñe, es más, ¡lo felicita! No entiendo nada. Definitivamente, sois de otro planeta.

Máximo cambió a Carlos de posición, pasándolo de la tercera a la primera línea, y una vez más construyeron la melé.



—Cuclillas, agarrarse, jueguen ya —dijo Máximo.

Pasaron unos minutos y... la melé al fin resistió. Ya estaban preparados para arremeter contra el adversario y desplazarlo al otro lado del campo.

—En cada jugada, en cada carrera, en cada decisión, debemos funcionar siempre como un equipo, como un todo. Solo así conseguiremos nuestros objetivos —dijo Máximo—. El esfuerzo conjunto del equipo es primordial —añadió, dirigiéndose a Leo—. Es otro de nuestros valores, como ya sabrás, ¿no?

Leo bajó la cabeza, avergonzado porque aún no había leído el dichoso folleto.



El entrenamiento terminó al mismo tiempo que la lluvia. Solo algunas nubes acompañaron a Leo y Sergio de camino a casa. Su amigo había presenciado todo desde la grada. Estaba empapado, como los jugadores, pero también entusiasmado por haber descubierto aquellas formaciones y jugadas.

—Debe de ser tan divertido participar en una melé —dijo.

—Sí, la verdad es que sí lo es. Estoy deseando ver si nos sale bien en el próximo partido.

—El primero de la liga oficial —apuntó Sergio.





## INTEGRIDAD

Tras aquella intensa preparación, la liga comenzó y, efectivamente, la melé les salía perfecta.

El scrum, junto con las demás formaciones y su buen juego, llevó al equipo de Los Invencibles a las primeras posiciones de la clasificación.

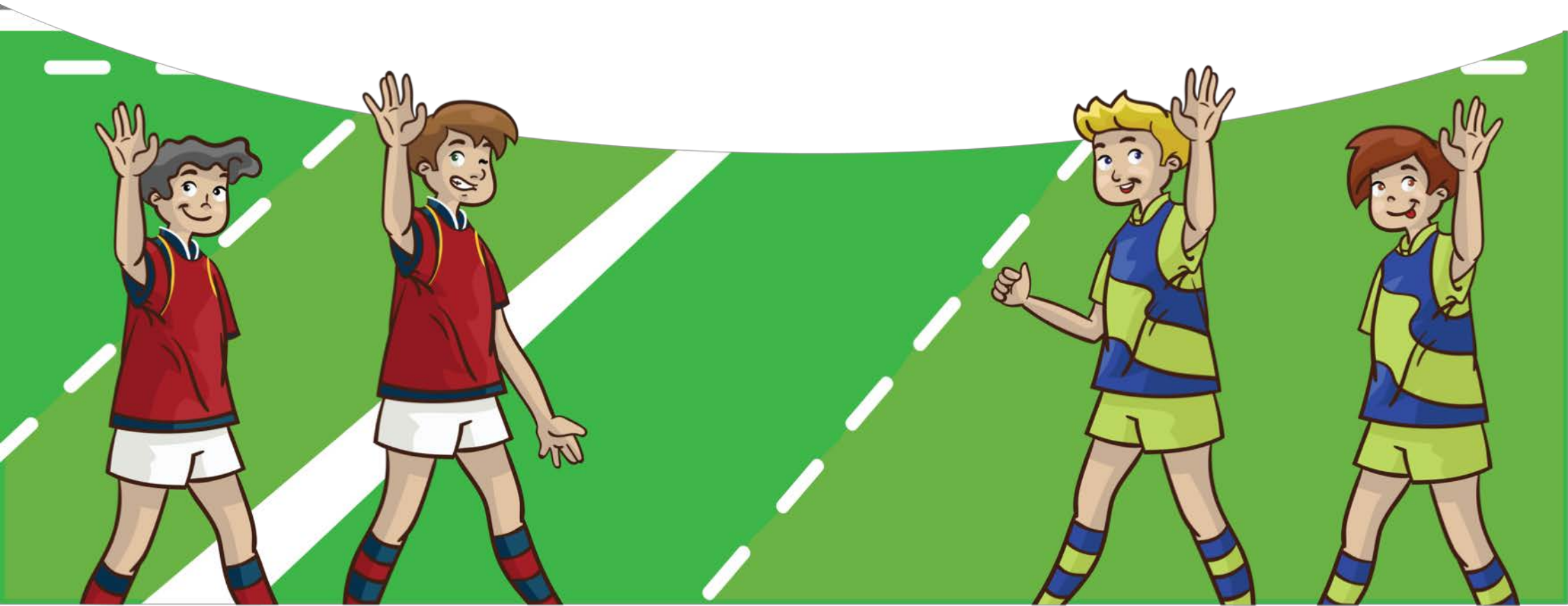
El último domingo de abril, mientras el sol se desperezaba entre los tejados, Leo cogió su equipación y partió raudo hacia el estadio. El partido se disputaba por la tarde, pero todos llegaron cuando el aroma del café aún no se había esfumado de las calles desiertas. Era un día importante para Los Invencibles: iban a jugar el penúltimo partido de la liga, si lo ganaban, ascenderían de categoría.



Todo el público los apoyaba desde las gradas con sus cánticos.

Leo había jugado como delantero en casi todos los partidos de liga, pero aquel día debía sustituir al compañero lesionado que jugaba como medio de melé.

Además de ser explosivo y rápido, Leo había demostrado tener muy buena técnica. En los entrenamientos jugaba en distintas posiciones, y la de medio de melé era la que más le gustaba. Sin embargo, Máximo no estuvo muy acertado al ponerlo en ese puesto. Y es que Leo tenía un defecto que ya en la primera melé se hizo patente.





Cuando la formación estaba organizada y el árbitro indicó que se introdujera la pelota, Leo no lo pudo evitar y la desvió hacia su equipo; pero no de manera sutil, sino descaradamente.

Máximo creía que aquella manía la había superado en los entrenamientos, pero tratándose de Leo no debió darlo por hecho.

No solo lo hizo una vez, Leo lo repitió en varias ocasiones, poniendo a prueba la paciencia del árbitro, quien acabó pitando ensayo de castigo.

A partir de aquella jugada, el equipo no volvió a ser el mismo. Se vinieron abajo y fueron por detrás en el marcador durante todo el partido.



Cuando apenas le quedaban cinco minutos de vida al encuentro, los dos equipos estaban empatados.

Leo sentía que todo se iba al traste por su culpa. Pero aún estaba a tiempo de enmendarlo, y pronto se le presentó la oportunidad. Uno de los adversarios cogió la pelota y esquivó a cuantos intentaron placarlo.

Leo era consciente de que, si no actuaba de inmediato, el otro equipo haría ensayo y el partido sería suyo. La única solución que halló fue derribarlo. Como era recio y veloz, nada lo desestabilizaba, y Leo no dudó un instante en ponerle la zancadilla disimuladamente, a sabiendas de que podía lesionarlo.

El muchacho cayó al suelo y el árbitro, que estaba algo lejos, detuvo el juego. Era probable que no hubiera visto bien lo sucedido.



—¿Qué ha pasado? —dijo con ironía el árbitro al aproximarse, pues ya tenía una mano sobre las tarjetas.

—Se ha caído solo —dijo Leo de forma casi inaudible, con cara de «yo no he sido», intentando engañar al árbitro, un viejo conocido de otras muchas batallas libradas.

Pero cuando Leo miró con sus ojos castaños titubeantes a Jaime, a Carlos y a Gabriel, se sintió mal. Luego se giró hacia el entrenador, pues estaban cerca de su banquillo. Máximo no pronunció una sola palabra, pero su expresión íntegra lo decía todo. Leo recordó el discurso sobre la honestidad que les había dado en el vestuario.



—Un jugador de rugby, un miembro del equipo de Los Invencibles, debe luchar hasta el final, pero siempre con juego limpio y sin engaños. Ya sabéis que la honestidad es otro de nuestros valores.

Con aquellas palabras dando tumbos en su cabeza, a Leo no le quedaban muchas opciones. «Cómo pueden ser tan legales estos jugadores de rugby —pensó—, ni una trampa se permiten. De acuerdo, sí, ya sé: no puedo hacerlo».

Leo permaneció en silencio, con la cabeza baja y mordiéndose los labios, mientras el árbitro consultaba a su asistente. Le sacó tarjeta y lo expulsó.

Los adversarios aprovecharon aquella última jugada para hacer ensayo. Estaba complicada la patada, muy esquinada, pero el diez pateó con precisión y la pelota pasó entre los palos. Con ese tanto, ganaron el partido.

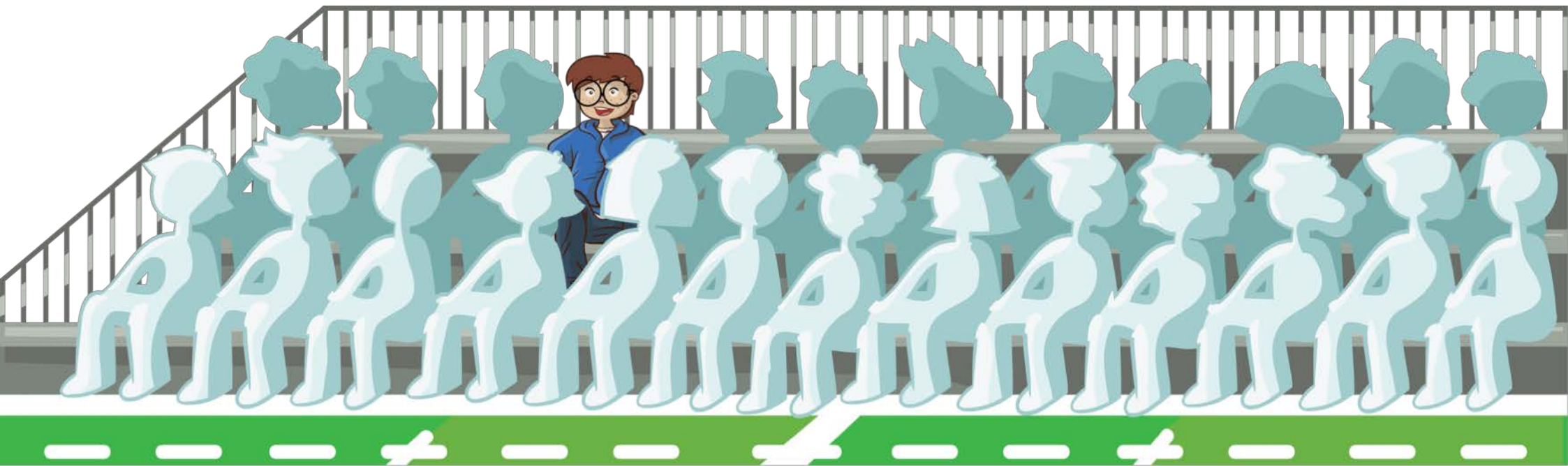


## PASIÓN

Ya no quedaban más oportunidades, había llegado el día decisivo. En el último partido de la temporada, Los Invencibles se jugaban el ascenso de categoría.

El estadio estaba abarrotado, la mayor asistencia de la temporada. Habían colocado carteles para anunciar el evento, y toda la ciudad había acudido para apoyar a su equipo. Parecía un día de fiesta, solo faltaban los fuegos artificiales.

El espectador más fiel de Los Invencibles, Sergio, estaba entre el público, aunque a él le hubiera encantado hallarse en el césped y cumplir su sueño de jugar con ellos.



Leo corrió a la puerta del vestuario para ver la alineación. Se sorprendió mucho al comprobar que no jugaba como medio de melé, a pesar de que su compañero seguía lesionado, sino como delantero, con el número ocho. Frunció el ceño y fue a pedir explicaciones al entrenador.

Pero cuando lo tuvo delante, mientras en su cabeza ordenaba la frase que pretendía decir, Máximo se adelantó y le contestó, guiñándole un ojo:  
—Mejor no nos arriesgamos, ¿no crees?

Leo no pronunció una sola palabra. Se había dado cuenta de que aquella decisión era la más acertada. El entrenador lo conocía bien y no podía cometer el mismo error; aún estaban recientes sus correrías del último encuentro.





El partido comenzó a la hora establecida. Leo estaba entusiasmado, nervioso. Ni él mismo sabía definirlo, porque nunca había sentido nada igual. Salió dispuesto a dejarse la piel en el campo, como cada día y como el resto de sus compañeros.

Ninguno quedaba rezagado, ni en los ataques ni en las defensas, era admirable la entrega del equipo al completo.



El partido se desarrolló a un ritmo trepidante, no se detenían por nada. Encadenaban una jugada tras otra con el mismo brío que al inicio del encuentro. El marcador iba muy ajustado.

Al comenzar la segunda parte, un rival se escapó. Leo, como siempre, tuvo la tentación de placarlo de cualquier forma, aun saltándose las normas, porque ya era imposible alcanzarlo. María, su compañera, lo tenía enfrente, y apretó la boca y los ojos al temerse la gran tormenta que se avecinaba. Pero Leo no lo derribó y María suspiró, sorprendida y aliviada.

Poco después, el árbitro sancionó a Jaime, y Leo corrió hasta el punto señalado. Su viejo amigo, el colegiado, lo miró de reojo, esperando su habitual reacción desproporcionada para replicarle, y Máximo también se tapó la cara, presagiando lo peor. Pero Leo no dijo absolutamente nada. Se colocó en la melé y empujó junto con sus compañeros. Máximo y el árbitro no podían creerlo.



Fue un partido intenso, competido, ambos equipos luchaban cada pelota como si fuera la última. La energía inagotable de los jugadores se transmitía a la grada, que no paraba de animar.

Quedaba muy poco tiempo para el final y Los Invencibles iban arriba en el marcador. Leo debía sacar desde la banda y su primera intención fue perder tiempo, pero se lo pensó mejor. No quería desperdiciar ni un solo minuto de aquella contienda tan emocionante y puso la pelota en movimiento de inmediato.

Aquel día, Leo no hizo nada de lo que todos se temían, porque aquel día, por fin, Leo había salido al campo únicamente a disfrutar del juego y de sus compañeros. Nada de broncas, de encontronazos, de engaños, solo divertirse e intentar que el público también lo pasara bien.





Cuando el árbitro pitó el final del partido, Leo se sintió dichoso y satisfecho, por él, por el público y por sus compañeros. Hubiera saltado sobre el césped para dar infinitas volteretas, pero sabía que debía contenerse por respeto al contrario.

Las disputas y lances quedaron en el campo y se colocó en el pasillo, junto a sus compañeros, para saludar a los miembros del equipo contrario, a los árbitros y a los técnicos, y devolverle los aplausos al público.

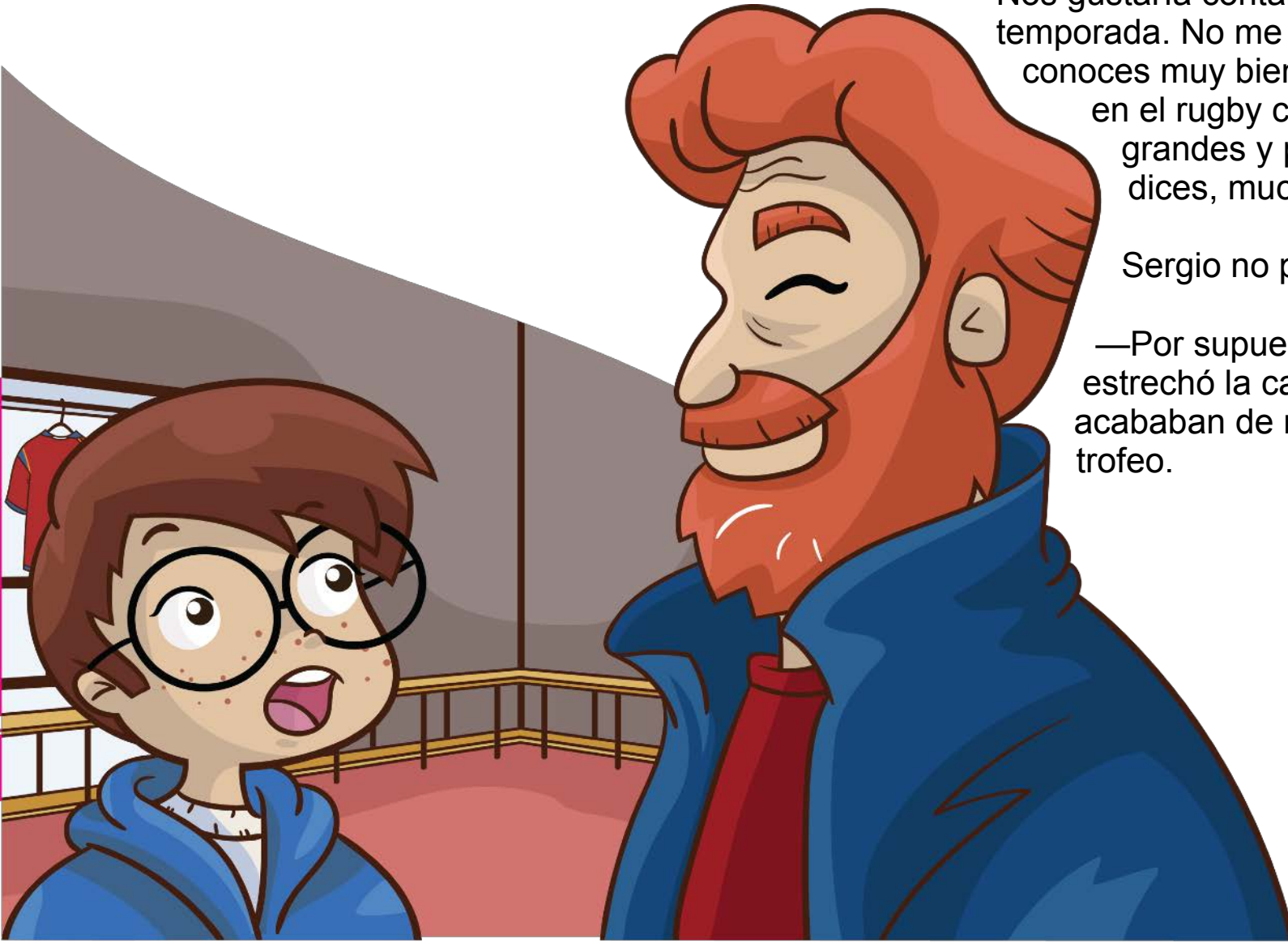
Sergio, que gritó desde la grada hasta quedarse sin voz, bajó a los vestuarios para abrazar a su amigo y al resto de Los Invencibles.

Aunque Máximo le infundía mucho respeto, también se acercó a felicitarlo. El entrenador se lo agradeció y, atusando su barba rojiza moteada de blanco, le dijo con aquella voz inalterable que lo caracterizaba:

—Nos gustaría contar contigo en la próxima temporada. No me cabe duda de que nos conoces muy bien. Y ya debes saber que en el rugby cabéis todos: altos y bajos, grandes y pequeños. ¿Qué me dices, muchacho?

Sergio no podía sentirse más feliz.

—Por supuesto —respondió, y estrechó la camiseta del equipo, que le acababan de regalar, como si fuera un trofeo.



Aprovechando aquel momento de exaltación, Leo se vistió de sinceridad y se acercó a Máximo para revelar un secreto que le reconcomía:

—¿Recuerdas el folleto que me entregaste el primer día, el de los valores del equipo? Pues confieso que nunca lo leí. Pero no ha sido necesario leerlo para conocer esos valores, porque cada uno de vosotros, que realmente disfrutáis con este fantástico deporte, habéis conseguido transmitírmelos. He comprendido que no sois raros ni de otro planeta, solo sois excelentes compañeros.



»Ahora que conozco al equipo me doy cuenta de que somos invencibles en valores.

**FIN**





En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos, más divertida, moderna, creativa y sin barreras económicas o geográficas.

Un proyecto educativo abierto a la colaboración de tod@s para fomentar la educación, ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas.

Nos hemos enfocado al desarrollo de la lectura como una actividad clave para nuestro público juvenil.

Creamos y editamos libros educativos, divertidos, actuales, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que son gratis! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar gratis, visítanos en: [www.weeblebooks.com](http://www.weeblebooks.com)



WeebleBooks



Vídeo





WEEBLEBOOKS

<http://www.weeblebooks.com>

#rugbyvalores

